

La luna era realmente hermosa esa noche de verano. A pesar de todo lo que le había pasado ese día, el sólo volver la mirada hacia la luna le había hecho olvidar todo ese estrés.

“¿Estás realmente bien?” preguntó preocupada la lombriz que pasaba por allí.

Tanu apartó la vista de la luna, aturdida al notar el tono que tenía la voz del animal.

“¿Por qué me estás preguntando eso?” cuestionó molesta Tanu.

Ella sabía que no le importaba a ningún animal de la montaña. Todos estaban aterrados de ella, sólo por ese maldito “antifaz” que cubría su cara.

La lombriz se veía realmente afligida por la respuesta de Tanu.

“Perdón” susurró el animal rosado “Soy nueva en la montaña y solo quería hacer un amigo”

Dicho esto, la lombriz se volvió a meter en la tierra para perderse en ella. Tanu sintió como todo en su interior se desmoronaba. Había vuelto a perder la oportunidad de hacer un amigo, todo por la capa de dureza que había construido gracias al desprecio de los demás.

Ella volvió a mirar a la luna.

“¿Por qué no puedo estar tan arriba?” se preguntó Tanu en voz alta “Siendo tan hermosa e importante para todos los demás.”

Kyo no comprendía el motivo por el cual los demás animales disfrutaban robándole todo lo que cazaba. Tampoco el por qué le despreciaban. ¿Y qué, si había sido criado por una loba? A él no le gustaban las noches de luna llena, le recordaban demasiado a su fallecida madre adoptiva. Encima de la montaña, lejos del territorio en el que solía buscar refugio, la luna se veía demasiado bien.

“¡Un embustero!” gritó la voz de un animal.

Él reconocía ese nombre, ya que había oído a múltiples animales llamarle así. Su madre adoptiva, Luna, le decía que los iguales a él en apariencia eran

ladrones y mentirosos, pero siempre terminaba diciendo que él nunca se parecería a ellos, debido a que había sido criado como un lobo, fiel a sus compañeros y buen jugador en equipo. Lamentablemente, a ella no le habían servido de nada estos valores cuando...

Kyo sacudió su cabeza, intentando evitar ese recuerdo, el cual le hacía bastante daño.

“¡Espantadlo!” exclamó la voz de otro animal.

Fue en ese momento en que recordó que no estaba solo. Giró con la intención de encontrarse con los dos animales de los que había escuchado sus voces.

No había sido cuidadoso, se había metido directamente en la “boca del lobo”, a pesar de lo irónico que le sonaba. En ese momento, cientos de animales le rodeaban, muy diferentes entre sí, pero todos con algo en común: su mirada de odio. El zorro intuyó que alguno de su raza habría hecho un desastre por allí, ya que si no era así no lo mirarían tan mal.

La multitud se acercaba a él con aura hostil, cosa que hizo que Kyo se acobardara. Él se sentía humillado al haberse asustado, pero los demás animales parecían tener la intención de despedazarlo y arrojarlo cuesta abajo, así que el zorro agachó sus orejas, cerró los ojos y se hizo una bolita, gesto para suplicar piedad.

Pero, en lugar de seguir sintiendo la intención asesina dirigida a él, sintió como ésta era dirigida a alguien en frente de él.

“¡Parad!” exclamó una voz femenina.

Kyo abrió los ojos y se encontró con una figura gris, en cuya cola se intercalaban aros negros y blancos. Sus patas tenían un aspecto delicado y eran oscuras. Tenía unas pequeñas orejas sobresaliendo de su cabeza y, aunque él no podía ver su cara, le daba la impresión de que era un amigo, opinión que no compartían ninguno de los animales de la multitud. Todos lo miraban con asco y resignación.

“Tanu” dijo asqueado un erizo saliendo de la multitud.

“Heji” nombró su salvadora al erizo, compartiendo su tono de desagrado.

“¿Qué estás haciendo protegiendo a un embustero?” preguntó el que se debía de llamar Heji.

“¿Acaso ha intentado defenderse con alguna mentira? Él no es como los otros” defendió Tanu.

“¿Y tú me estás diciendo eso? ¿Cómo sé que no es una mentira? No puedo ver tu verdadera cara” dijo burlonamente Heji.

A continuación, el erizo retiró a todos los animales, y con ellos se retiró.

Por primera vez, Tanu le miró a la cara.

“Tú no eres de la montaña” dijo ella.

Por otro lado, Kyo no podía quitarle los ojos de encima a su cara. Lo que dijo el erizo era cierto: un antifaz cubría su verdadero rostro.

“¿Puedes irte? Has interrumpido la visión de mi querida luna llena” explicó Tanu, dándole la espalda.

“¿Y si es tan querida por qué no puedes quitarle su soledad?” dijo sin pensar Kyo.

“¡Ella no necesita a nadie, es genial sola!” exclamó molesta “¿No te dije que te fueras?”

“Soy nómada” mintió, pero no quería volver al claro de dónde venía.

Tanu solo bufó.

“No es tan fácil”

“¿El qué?” preguntó Kyo.

“El hacerse nómada” aclaró Tanu.

“Pues yo lo soy” dijo con orgullo e inflando su pecho.

“¿Podrías decirme cómo?” murmuró Tanu.

“¿Quieres irte?” se extrañó Kyo.

“Si, y llegar a la luna” dijo Tanu “¿Me acompañarás?”

